

PAPIRO

Día 18

¿Presagio o Augurio?

Luxor – Egipto.

Burn entró en su despacho tambaleándose. Se dejó caer en el sillón con un gruñido, mientras presionaba una bolsa de hielo contra la herida en la frente. La vista borrosa le impidió notar que el cuadro de la diosa Hathor colgaba torcido, a punto de caer.

A pesar del dolor de cabeza y la somnolencia, el ansia de venganza lo mantenía despierto. Oyó ruido en las escaleras y giró: Daryl subió apresurado y entró jadeando. Sudaba profusamente; el cabello despeinado le cubría el rostro.

—¿Dónde está Amy? —dijo, lanzando una mirada acusadora.

Burn frunció el ceño, irritado.

—¡Yo qué sé! —espetó con desdén, y de inmediato contraatacó—: ¿Dónde está Sofía?

Ambos se acercaron con los hombros tensos, cruzando miradas retadoras.

Estaban a punto de agredirse cuando un golpe seco rompió el silencio. Voltearon al mismo tiempo: el cuadro había caído. Yacía roto en el suelo.

Burn lo contempló con inquietud y murmuró:

—Algo malo va a suceder.

Pero Daryl negó con la cabeza.

—Alguien encontrará lo que busca —replicó, aliviado.

Ambos suspiraron. Sus rostros reflejaron una tregua: el arrebató se había esfumado.

Más tranquilos, recogieron el cuadro y lo apoyaron junto a la pared. Mientras retiraban los fragmentos de vidrio, una sección de la imagen de la diosa se desprendió, revelando en el fondo una pequeña figura verde.

Al reconocerla, exclamaron al unísono:

—¡El escarabajo!

El sobresalto los dejó en silencio unos segundos. Luego, Burn se dejó caer en su silla, mientras Daryl seguía de pie, visiblemente preocupado.

—Amy no durmió en el campamento —dijo.

—Sofía me robó el código —aseguró Burn, impasible.

—Temo que esté en peligro —insistió Daryl.

—No lo creo —respondió sin inmutarse Burn, mientras se limpiaba la frente.

—¿Qué te pasó? —preguntó Daryl, sorprendido, al ver el hilo de sangre.

—Fue Sofía. Me atacó.

—¡Debemos buscarlas! —exclamó Daryl.

—Tú ve. Yo me encargaré de esto.

Daryl salió del despacho en busca de Amy.

Burn se convenció de que Daryl no era el cómplice de Sofía. Aún preguntándose quién podría serlo, oyó una voz junto a la puerta:

—Telegrama de Karimt Levit.

Burn se levantó, lo tomó y comenzó a leerlo.

«PRIMER OBJETIVO CUMPLIDO. SE SUICIDÓ»

«SEGUNDO OBJETIVO NO SOSPECHA NADA»

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro.

—Karimt es sigiloso y eficiente —murmuró para sí.

Luego lo hizo trisas. No debía quedar rastro.

Con ayuda de sus secuaces, Burn seguía de cerca a sus enemigos y siempre se les adelantaba. Esperaba pronto recibir su nombramiento en el Servicio de Antigüedades de Egipto; eso facilitaría la culminación de sus planes.

De pronto, alzando la vista como si lo anterior no importara, exclamó:

—¡La llave!

La bóveda contenía lo único que realmente le importaba.
La urgencia por abrirla le pesaba más que la muerte de sus enemigos.

—¿Suicidio? —masculló, limpiándose las uñas, indiferente.

Zaid había pagado caro su error. ¿Quién seguía?

Suerte, Hija

Valle de los Reyes – Egipto.

La ansiedad por encontrar la cámara sepulcral crecía a cada momento.

Cuando llegaron al último pozo, de apenas tres metros de profundidad, no encontraron nada... salvo unos aretes de oro que Abdul le entregó a Nafir, creyendo que habían pertenecido a Sermy.

Nafir movió la cabeza, negando. A pesar de la decepción, aquel hallazgo llenó de entusiasmo a la expedición, y decidieron seguir adelante.

—En la dinastía XVIII, los hombres importantes cercanos al faraón lucían aretes —murmuró Nafir, devolviéndoselos a Abdul.

Abdul, imitando a un hombre de la realeza, se puso los aretes y, en tono juguetón, dijo:

—Yo también soy importante.

Pero Nafir no se rió, todavía abrumado por la tristeza de haber perdido los fragmentos.

Abdul se quitó los aretes y, al guardarlos en su bolso, tocó con los dedos un objeto que había recogido días antes. Lo sacó y comenzó a limpiarlo.

—¿Qué es eso? —preguntó Nafir.

Mientras lo limpiaba y se lo entregaba, Abdul respondió:

—Lo encontré fuera de la tumba.

Nafir lo examinó con atención y dijo:

—Es la diosa Hathor.

Intentó recordar dónde lo había visto y, tras unos segundos, exclamó:

—¡Es el amuleto de Sofía!

El rostro de Abdul se iluminó al ver que el doctor recuperaba el ánimo.

—¿Es importante?

Nafir observó el amuleto detenidamente y notó que, además del jeroglífico de la diosa, tenía algunas incisiones y muescas. Eso lo intrigó. Perplejo, se llevó la mano a la barbilla y murmuró:

—Parece una llave...

—No me imaginé que un amuleto tuviera otro uso —comentó Abdul, desconcertado.

Nafir, animado por el hallazgo, esbozó una sonrisa. Se sintió renovado, dejando atrás su pesar.

Sin embargo, su momentánea alegría duró poco.

Guardaron el amuleto al ver que una figura femenina, cuyo cabello ondeaba con el viento, se acercaba a la entrada de la tumba. La vieron aproximarse con sorpresa, siguiéndola con la mirada hasta que llegó. Amy entró en la tumba y comenzó a caminar hacia la capilla. Nafir se levantó, se acercó a ella y le dijo:

—Soy el Dr. Taruf, encargado de la expedición.

Ella se presentó:

—Soy Amy, arqueóloga de la segunda expedición de Londres.

Y le ofreció la mano para saludarlo. Nafir se extrañó de que un miembro de otra expedición llegara a visitarlos, pero aun así le estrechó la mano y le dio la bienvenida.

Pasaron al interior de la capilla. Amy, maravillada por los bajorrelieves y las inscripciones jeroglíficas, dijo:

—Lo felicito, doctor, por su descubrimiento y su trabajo.

Nafir no estaba acostumbrado a los elogios; enmudeció por unos segundos y preguntó:

—¿Me repite su nombre?

Ella vaciló unos instantes, parecía ocultar algo, y dijo:

—Amy Lars.

Nafir movió la cabeza a ambos lados, gesticuló y, sorprendido, esperando que ella respondiera con un “no”, preguntó:

—¿Su padre es Ferdy Lars?

—Sí, doctor —contestó ella.

Él la miró fijamente.

—¿Y él sabe que usted está aquí?

Amy se llevó las manos al vientre y desvió la mirada. Entrelazó los dedos antes de responder:

—No, no lo sabe.

Nafir, estrujando su mechón de canas, espetó:

—Lo siento, no debemos seguir conversando.

Amy se frustró al escucharlo y exclamó:

—¡Tengo el papiro!

Nafir, quien ya se retiraba, preguntó incrédulo:

—¿Todos los fragmentos?

Amy aprovechó el desconcierto, sacó algunos de ellos, se los mostró y afirmó:

—Sí, los demás están en el hotel.

Los ojos de Nafir se humedecieron. Se negaba a creer que fuera ella, y al mismo tiempo se alegraba de saber que tenía el papiro. Era un momento único e inesperado para él; quería abrazarla, decirle quién era, pero disimuló su alegría y continuó firme en su decisión. Mientras se retiraba, le dijo:

—Será mejor que se marche.

—¡Lo hago por mi padre! —exclamó ella, agitada al ver que la ignoraba.

—¿Entonces ya lo sabes? —preguntó Nafir, mirándola fijamente.

Amy se estremeció. La pregunta la tomó por sorpresa y, por un instante, pareció no saber qué decir. Pero se jugó todo en un albur:

—Sí.

Eso fue suficiente para Nafir. Antes de alejarse por completo, le dijo a modo de despedida:

—Te deseo suerte, hija.

—¿Hija? —preguntó en un susurro Amy, y sin salir de su asombro, lo vio alejarse sin contestar. Después de un momento de silencio, escuchó pisadas a sus espaldas e instintivamente volteó para ver quién era.

—Hola, Amy —dijo Sofía al pasar a su lado, sin detenerse.

—Hola —respondió sin pensarlo, llevándose la mano al amuleto, creyendo que lo había perdido al ver que Sofía lucía uno idéntico.

—Qué extraño —se dijo en silencio, al verla alejarse segura de sí misma y adentrarse más allá de la capilla, hacia el primer pozo y la gran cámara. La siguió a corta distancia.

Sofía llegó hasta donde estaba Nafir. Él, sin mediar palabra, la tomó del brazo con firmeza y la condujo de vuelta hacia la capilla. Amy, que los observaba a la distancia, retrocedió discretamente, ocultándose entre las sombras del pórtico.

Pasaron unos minutos. Finalmente, los tres se encontraron reunidos en el mismo recinto.

—Estoy ocupado. No puedo atenderlas —dijo Nafir con tono seco, como si quisiera zanjar el encuentro de inmediato.

Pero sus ojos se detuvieron en el amuleto que pendía del cuello de Sofía. Su ceño se frunció al instante. Volteó hacia Amy, y al notar que también portaba uno idéntico, no pudo evitar preguntar:

—¿Son iguales?

Amy vaciló, sin responder. Fue Sofía quien rompió el silencio con voz firme y una mirada cargada de orgullo:

—Este símbolo de la vida eterna solo lo lleva la elegida por el dios Sol, Jepri —y, clavando los ojos en el escarabajo dorado de su collar, añadió con solemnidad—: Sus servidores me lo entregaron.

Nafir, al ver que su pregunta había generado tensión entre ambas, cambió de tema y le preguntó a Sofía:

—¿Cuál es el motivo de tu visita?

Ella respondió secamente:

—Vengo a recoger mi amuleto.

Esto hizo que él recordara los fragmentos que ella le había quitado y, ocultando que lo tenía, preguntó:

—¿A quién se lo diste?

Sofía suavizó la voz y dijo:

—Creo que lo perdí aquí.

Él hizo una mueca y afirmó:

—Adelante, búscalo.

Eso no le gustó a Sofía, quien se dio media vuelta y, decepcionada, se marchó.

Amy y Nafir se quedaron en silencio, evitando mirarse. No sabían qué decirse. Era un momento de encuentro y quizá de despedida para ambos. Amy se sobrepuso e insistió:

—Lo hago por mi padre —y añadió—: Necesito su ayuda, doctor, para hallar el antídoto.

Nafir se quedó atónito al darse cuenta de que, cuando ella mencionó a su padre por primera vez, había roto la promesa de no revelar el secreto familiar. Afligido por la confusión, decidió ayudarla a descifrar el papiro. La tomó del antebrazo y, sin aclararle que él era su verdadero padre, le dijo:

—De acuerdo, vayamos por el resto.

Y salieron rumbo al hotel, sin imaginarse que su optimismo sería puesto a prueba.

Involuntariamente, los recuerdos de su juventud y de su época estudiantil invadieron la mente de Nafir. Londres le había dejado heridas profundas, pero también experiencias valiosas. Volver a Estados Unidos lo ayudó a sobrevivir al desamor de Elvira Lars.

Ahora, con el encuentro de Amy, el pasado irrumpía con fuerza, exigiéndole saldar una deuda que creía olvidada. Tenía la oportunidad de redimirse y ser el padre que no había sido antes.

El Fragmento Faltante

Luxor – Egipto.

Sofía regresó a Luxor. Caminaba apresurada, sin rumbo fijo, intentando recordar dónde podría haber extraviado el amuleto. No se dio cuenta de que, desde la otra acera, alguien trataba de llamar su atención. Al cruzar la calle, casi choca con Daryl, quien la sacó de sus pensamientos al decir:

—¡Sofía, qué bueno encontrarte!

Sobresaltada, lo miró de arriba abajo sin dar crédito y preguntó:

—¿Qué te pasó?

Daryl, incómodo por su aspecto desaliñado, se pasó la mano por el cabello en un gesto torpe. Luego, sin responder, preguntó a la vez, con un dejo de ansiedad:

—¿Has visto a Amy?

Sofía, recelosa, respondió con un seco “no”, y añadió:

—¿Por qué?

Daryl, más tranquilo, le explicó la situación y compartió su preocupación. Sofía, a su vez, le habló del amuleto con el escarabajo y afirmó:

—Amy quiere usurparme.

Daryl asintió, recordando la imagen verde en el trasfondo del cuadro de la diosa Hathor. Sofía le contó que buscaba la llave para abrir una bóveda. Intrigado, Daryl quiso saber más:

—¿Qué hay en la bóveda?

Sofía hizo una pausa, vaciló un momento y afirmó:

—Los Sagrados Escritos de Horus.

Daryl frunció el ceño, desconcertado:

—¿Escritos sagrados?

Sofía añadió con voz tensa:

—Las evidencias que la Iglesia quiere destruir.

—¿Por qué? —preguntó Daryl, atónito.

—Solo eso puedo decirte ahora —respondió ella, visiblemente inquieta.

Aunque no comprendía del todo, Daryl se ofreció a ayudarla. No sabía por qué, pero sentía un impulso genuino de hacerlo.

—Cuenta conmigo —le aseguró.

Daryl intuía que el amuleto estaba en la capilla e intentó convencer a Sofía de recuperarlo.

—Ellos lo tienen —le dijo.

—Pero ya fui —aclaró ella, renuente.

—Conseguiré que te lo devuelvan —insistió Daryl.

Sofía dudó, pero al recordar el poco tiempo que le quedaba, accedió:

—Sí. Vamos por la llave.

Mientras tanto, Amy y Nafir llegaban al hotel y pedían al encargado los fragmentos restantes. Ya en la habitación, los extendieron sobre la mesa y comenzaron a examinarlos. Amy los ordenó con agilidad y exclamó:

—Listo. Ya está.

Nafir se emocionó al verlos todos juntos por primera vez:

—Fueron escritos hace miles de años...

—Mucho antes que la Biblia —agregó Amy.

—Al menos mil quinientos años antes de Cristo —puntualizó él.

Amy, contagiada por el entusiasmo, exclamó:

—¡Y son sagrados!

Nafir sonrió y comenzó a reordenar algunos fragmentos. Al notar un hueco, murmuró:

—Falta el del centro.

Amy se angustió de inmediato:

—¡Es otro de los trucos de Burn!

Nafir la miró, preocupado. Amy estaba alterada, a punto de estallar. Tratando de calmarla, le dijo:

—No te desanimes. Lo encontraremos.

Amy guardó los fragmentos con manos temblorosas. Todavía molesta, le agradeció:
—Necesito ese fragmento. Un error en la lectura... mataría a mi padre.

Nafir asintió y permaneció a su lado, en silencio, esperando a que se tranquilizara.

Sin embargo, su calma era solo aparente. Estar junto a su hija lo colmaba de una mezcla abrumadora de felicidad y angustia. Saberla poseedora del Sermy lo elevaba: sentía que, al fin, el misticismo que había buscado toda su vida se manifestaba ante él.

La Llave Amuleto

Valle de los Reyes – Egipto.

Después de asegurarse de que Amy había recuperado la calma, Nafir se despidió y regresó al Valle de los Reyes, donde Sofía y Daryl ya lo aguardaban, impacientes, en la capilla. Al llegar, Abdul lo interceptó en la entrada de la tumba y le informó, alarmado:

—Llegaron juntos a reclamar el amuleto.

Nafir frunció el ceño. Con desagrado en la expresión, se acercó a ellos y dijo en tono hostil:
—No lo tengo.

Sofía, sorprendida por su reacción, replicó con sarcasmo:
—Buenas tardes, doctor.

Daryl dio un paso al frente y, extendiendo la mano, se presentó con cortesía:

—Soy Daryl Lacroix, miembro de la segunda expedición de Londres.

Aunque Nafir seguía visiblemente molesto, reconoció el protocolo y la formalidad que Daryl mostraba —típicas entre miembros de diferentes misiones arqueológicas—, y respondió:
—Soy Nafir Taruf, encargado de la expedición del Valle.

Poco después, ambos se apartaron unos pasos de Sofía, quien observaba, inquieta. Se tranquilizó al notar que los dos conversaban de forma serena, e incluso intercambiaban objetos. Justo cuando se acercaba, Daryl dijo:
—Gracias, Dr. Taruf.

De inmediato, se volvió hacia Sofía. Su rostro mostraba incredulidad, que se transformó en alegría cuando él le mostró el amuleto de la diosa Hathor.

—Listo. Lo conseguí —anunció.

Sofía tomó el objeto, lo examinó con cuidado y, antes de guardarlo, dio un salto de felicidad y abrazó a Daryl. Él, sorprendido, perdió un poco el equilibrio y se aferró a ella para no caer. Sus rostros quedaron muy cerca. Se miraron fijamente, sonrieron, y ella, tras acomodarse el cabello, le dio un beso en la mejilla y murmuró:
—Gracias. Es la llave.

Mientras tanto, Nafir examinaba el fragmento que Daryl le había entregado a cambio del amuleto. Al notar restos de pintura roja en ambos extremos, supo que se trataba del fragmento faltante. Sonrió, pensando en la alegría que le daría a Amy.

Todos parecían satisfechos, excepto Abdul, que frunció el ceño cuando Sofía, jactándose de su logro, le mostró el amuleto al pasar junto a él rumbo a la salida.

Abdul no esperó más. Con el rostro tenso, se acercó a Nafir y le preguntó en tono de reproche:

—¿Por qué?

—El papiro está completo —respondió Nafir, sin dudar.

Pero Abdul no pareció convencido. Miró el fragmento con recelo e inquirió:

—¿Es del Serm?

Nafir vaciló apenas un segundo. Luego, mientras desplegaba el papiro, respondió:

—Pronto lo sabremos.

Sin esperar más, Nafir se encaminó con paso decidido hacia el pozo recién descubierto. Una esperanza ardiente lo empujaba: hallar, por fin, la cámara sepulcral. Su rostro se iluminó con una certeza contenida.

Era ahora o nunca.

La Catedral Copta

El Cairo – Egipto.

Lurgi parecía preocupado. Aún no comprendía el plan de Celia ni la importancia de visitar la Catedral Ortodoxa Copta de San Marcos en El Cairo, sede del Papa copto. Llegaron por la tarde, se hospedaron y acordaron encontrarse en el restaurante. Allí, Celia, emocionada, reiteró el objetivo de su visita:

—Debemos convencer al Papa copto de cambiar el lugar de la reunión —dijo.

El rostro de Lurgi reflejaba incredulidad cuando preguntó:

—¿Para qué?

Celia le explicó:

—Si se hace en Roma, el Papa no tendría que viajar y podrían reunirse este año.

Lurgi sacó su crucifijo y lo frotó suavemente, mientras murmuraba:

—Antes tenemos que conseguir la autorización de la Santa Sede.

Celia comenzó a exasperarse.

—Eso viene después. Hay que ganar tiempo. Lo urgente ahora es conseguir el papiro.

Aunque no del todo convencido, Lurgi aceptó el plan. Se dirigieron a la catedral, donde el Papa copto ya los esperaba, tras confirmar la reunión solicitada por Celia en nombre de la Santa Sede.

—Agradezco mucho la invitación a Roma —dijo el Papa copto después de escucharlos—. Pero necesitamos que la reunión se realice en Alejandría.

Ambos quedaron consternados. Celia, negándose a aceptar la respuesta, inquirió:

—¿Por qué?

El Papa respondió con serenidad:

—San Marcos fundó la Iglesia de Alejandría a principios del siglo I. En el año 882, mercaderes venecianos robaron las reliquias de su cuerpo y se las llevaron a Venecia... aunque la cabeza permanece aquí. Cada año, el día 30 del mes de paopi, alrededor del 9 de noviembre, conmemoramos la consagración de la iglesia y la aparición de la cabeza de San Marcos...

Lurgi se frotaba los dedos de la mano izquierda mientras ajustaba la sotana con la otra. Finalmente, conteniendo su impaciencia, interrumpió:

Lo lamento, Su Santidad, pero el tiempo apremia.

El Papa frunció el ceño, visiblemente molesto, pero mantuvo la compostura:

—Esa es precisamente la razón por la que lo invitamos a Alejandría —concluyó con firmeza.

Luego, dirigiéndose a Lurgi, añadió:

—El papiro se entregará después de la reunión.

El rostro de Lurgi palideció. No supo qué decir. Fue Celia, conmovida por la historia de San Marcos, quien intervino:

—Gracias. Haremos llegar su mensaje al Papa de Roma —dijo, despidiéndose.

El Papa copto, agotado, se apoyaba en un bastón al caminar. A pesar de sus dolencias, su rostro irradiaba una calma imperturbable.

Más tarde, ambos volvieron a Luxor, con la noche cayendo sobre el desierto como un manto de frustración.

Lurgi no dejaba de moverse en su asiento; se notaba incómodo, inquieto, como si las palabras le quemaran por dentro.

—¿Por qué terminaste la reunión sin consultarme? —le espetó finalmente, con la voz baja pero cargada de reproche.

Celia no respondió de inmediato. Seguía mirando al frente, con las manos entrelazadas sobre el regazo, conteniendo la marea que amenazaba con desbordarla. Sabía que Lurgi esperaba una explicación... pero ella misma no tenía una del todo clara. O quizá sí, y era eso lo que dolía: había actuado por intuición, por una certeza visceral que no se podía argumentar con lógica ni protocolo eclesiástico.

—No era el momento —dijo al fin, sin mirarlo.

Lurgi se tensó.

—¿No era el momento? ¡El Papa copto estaba por negociar! ¿Y tú simplemente decidiste que la reunión había terminado?

Celia giró lentamente el rostro hacia la ventanilla. La oscuridad del desierto apenas era interrumpida por las luces tenues del vagón. Sentía el cansancio en los ojos, en los párpados, en el alma.

Le dolía que Lurgi no comprendiera lo que el Papa copto les había dicho.

—No iba a darnos nada esta noche —respondió en voz baja—. Solo nos estaba poniendo a prueba.

Lurgi la miró con desconcierto.

—¿Una prueba?

—Sí —susurró Celia—. De humildad. De paciencia... de fe, quizás.

Lurgi suspiró con fastidio y se recostó en su asiento, dándole la espalda. Celia sabía que la herida entre ellos no era solo por el papiro. Algo más se había quebrado.

Cerró los ojos por un instante. En su interior, la imagen del bastón del Papa copto y la historia de San Marcos seguían pesando como una revelación. Quizá no obtuvieron el papiro, pero habían recibido algo valioso: una advertencia. Y una dirección.

“Debemos buscar en otro lugar”, pensó mientras se recostaba.

Justo antes de quedarse dormida, murmuró con un hilo de voz:

—¿Dónde?

Lurgi giró al escucharla. Su mirada estaba cargada de decepción, y un leve temblor se dibujó en sus labios. Nunca imaginó que Celia pudiera tomar la iniciativa.

Intentó decir algo más —tal vez una súplica, tal vez una acusación—, pero Celia ya no lo escuchaba. Dormía. O solo fingía dormir.

Y eso lo lastimaba aún más.

La duda resquebraja en silencio la voluntad y, casi siempre, divide lo que estaba unido.

Fernando Perales